

ARWEN GREY



Una historia
de amor?

El sentido de humor de Arwen Grey se vislumbra perfectamente en sus otras novelas, pero en esta, es el paroxismo total del humor absurdo y descacharrante. Una sátira buenísima del panorama literario de las letras románticas. Con críticas realmente muy necesarias envueltas entre tanto absurdo divertido.

El plantel de protagonistas es una galería fantástica de personajes a cada cual más «friki». Pero frikis de los que molan.

Si se busca diversión y un puntito de romance, esta novela es perfecta.

1: LA ENTREVISTA

PERMÍTASEME parafrasear a la gran Jane Austen, a mi peculiar manera, eso sí, y decir que toda autora, como todo el mundo sabe, necesita un secretario. Alguien que recoja los papeles, las ideas, lo ordene todo, y que además haga las correspondientes correcciones. En definitiva, alguien que haga el trabajo sucio.

Así que yo había decidido contratar a alguien para estas tareas. Daba por descontado que haría otras además de estas, como prepararme algún té de vez en cuando y coger las llamadas, atender a los periodistas si es que algún día llamaban a mi puerta y llevar las cuentas, para lo cual soy un auténtico desastre.

Y luego estaba el motivo no declarado: tener secretario da empaque.

Di por ahí que tienes secretario y ya verás cómo te miran distinto, como si fueras alguien. A mí no es que eso me quitara el sueño, ni siquiera ahora, porque el qué dirán me la trae bastante al paio, pero soy consciente de que en mi trabajo la imagen es algo importante. No estaba tan ciega ni era tan inocente como para no darme cuenta de que había que hacer ciertas cosas para caer en gracia, pero tenía mis propias ideas acerca de ese asunto. Por lo pronto, ya que mi imagen física no era muy allá, mi secretario se encargaría de cumplir ese rol de seriedad que yo no tenía. De algún modo, yo creía que él (o ella) se encargaría de esas cosas de la imagen, como la publicidad, el trabajo administrativo y dar la barrila con lo buenas que eran mis obras, y

yo podría dedicarme a lo que debería hacer realmente una escritora: escribir.

Por esas cosas de terminar la labor cuanto antes, decidí poner un anuncio y hacer todas las entrevistas el mismo día. Sería un coñazo, pero bueno, para ser un poco más libre hay que sufrir, pensé.

Debería haberme mosqueado en el primer instante, pero la verdad es que no caí en la cuenta hasta más tarde. Yo recibía a los candidatos en mi despacho, algo arreglado para la ocasión (y para no asustarles antes de tiempo) y, tras la entrevista correspondiente, sencilla y al grano, les decía a cada uno de ellos que le dijeran al siguiente que pasara.

A mí me parecía extraño que todos fueran hombres, pero bueno, esas cosas pasan a veces. La crisis había hecho estragos y los hombres de pronto hacían cosas que nunca antes hubieran hecho, como aceptar puestos asociados a las mujeres. (No pongáis esa cara, ¿cuántos secretarios hombres conocéis?).

Cuando ya habían pasado unos cuantos frente a mí, pensé que algo raro ocurría, así que asomé la cabeza al fin. Y entonces recordé el anuncio y caí en la cuenta:

Se necesita secretario.

Imprescindible buen uso del lenguaje, paciencia y muchas ganas de trabajar.

Abstenerse gente con prejuicios.

Maldita corrección política, pensé. Al parecer a todo el mundo se le había olvidado que existía algo llamado lenguaje neutro. Ahora entendía que no se hubiera presentado ni una sola mujer (véase «entender» con toda la ironía del mundo). Secretario no necesariamente implica que el indicado tenga que ser un hombre, me dije con un suspiro.

En fin, de perdidos al río.

Ya estaban allí y no los iba a echar.

Había de todo, desde jovencitos con pinta de intelectuales que no paraban de soplarse los flequillos, hasta ma-

duros con cara de trasnochados y carpetas enormes bajo el brazo, que echaban miradas nerviosas a sus contrincantes, como temiendo que hubiera un factor de edad determinante que pudiera dejarles fuera de la selección.

Volví al despacho, dispuesta a terminar la tarea, no siempre sencilla. Hubo uno, de infausto recuerdo, que no paró de hablar en todo el tiempo que estuvo dentro. Puse en un margen del papel con sus datos que hablaba demasiado y lo despaché. Y era una lástima, porque era el que mejor currículum tenía hasta ese momento.

Y qué decir del resto. Uno a uno fueron pasando por mi despacho, presentándome unas credenciales que me dejaron abrumada en unos casos y sorprendida en otros. Estaba mal la cosa, ciertamente. Informáticos, profesores jubilados, escritores en busca de una oportunidad y que aprovechaban para intentar colarme un manuscrito...

Ya pensaba que había terminado y estaba a punto de encerrarme para deliberar cuando vi que todavía quedaba el último candidato.

Estaba sentado en una esquina, leyendo tranquilamente un libro inmenso, como si la cosa no fuera con él. A sus pies, una cartera de cuero con pinta de haber vivido tiempos mejores. Bien vestido pero no impresionante, elegante pero sin pasarse. Atractivo pero no de los que llaman la atención en exceso. Si tuviera que elegir una palabra para calificarlo sería la siguiente: discreto.

Lo observé unos instantes en silencio sin que se diera cuenta, pero él siguió leyendo.

Carraspeé al fin. Él alzó una mano, como mandándome callar.

Siguió leyendo un poco más, quizás un minuto. Al fin vi que pasaba de página, que parecía ser el final del capítulo, asentía con la cabeza, colocaba un marcapáginas vetusto, se levantaba, y me precedía a mi despacho.

Se sentó sin que se lo pidiera. Sacó una hoja de papel de su cartera, la puso sobre mi mesa y me miró en silencio.

Bastante sorprendida por su actitud, sin saber si era todavía más antisocial que yo o simplemente maleducado, la miré antes de sentarme.

La lista de carreras y estudios era impresionante, tanto que pasé de seguir leyendo.

Fruncí el ceño y lo miré.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

Tenía acento francés. Volví a mirar la hoja. Alain Panphile. No me reí, estaba acostumbrada a escuchar nombres peores sin reírme. Aunque me costó, lo reconozco.

—Ahórreme las bromas por el nombrecito —dijo, aunque no parecía preocupado de que las hiciera. Se ve que tenía el culo pelado.

Me senté en mi silla y dediqué varios minutos a leer su currículum.

—Algo me dice que no tiene usted nada de pánfilo —dije al llegar al final de la lista de trabajos anteriores. Era tan apabullante que se me juntaban las letras de solo pensar en lo que supondría tenerlo allí.

No sonrió, pero estoy segura de que hubo algo de regocijo en su mirada. Eso no quiere decir que le hiciera gracia tampoco. Alain Panphile no parecía el tipo de persona que se reía con los chistes. Ni con nada.

—¿Cuándo empiezo?

Se había levantado y había recogido del suelo su cartera, y de la mesa su libro. Me miraba como si fuera capaz de leer todos y cada uno de mis pensamientos.

—¿Qué le dice que le voy a escoger a usted?

Ahora sí sonrió.

—La he investigado. Nadie lo hará como yo, créame.

Era un prepotente, pero también decididamente el mejor candidato.

Y, como es obvio, le contraté.

Solo más tarde pensé que tal vez me había precipitado y debería haber pensado que era preocupante que alguien

declarase tan abiertamente que me había investigado y que aun y todo yo le hubiera abierto las puertas de mi casa y mi vida de par en par. Sus palabras, por lo que implicaban, declaraban que era peligroso, y yo no quise verlo en su momento.

Gran error por mi parte.

Cuando vi a Lorito esperando para ser entrevistado sentí... cómo decirlo... inquietud. Era el único entre todos los presentes que podía hacerme algo de sombra. El resto de los candidatos eran mediocres como poco.

Me pregunté cómo una autora desconocida y sin prestigio había conseguido atraer a tal cantidad de candidatos para un puesto tan insignificante como ese. Solo la desesperación podía hacer que alguien con un mínimo de inteligencia decidiera enterrarse en un antro como ese, corrigiendo manuscritos absurdos con historias románticas inverosímiles y llenas de errores gramaticales, ortográficos, históricos e incluso de continuo espacio-tiempo sangrantes. Solo la crisis podía justificar que hubiera allí más de dos personas.

Pero yo deseaba ese puesto. Lo deseaba tanto que casi dolía. Ese puesto representaba seguridad para mí y estaba dispuesto a hacer lo que fuera para conseguirlo.

—Alain —me saludó Lorito, más comedido de lo usual. Era evidente que me consideraba su rival más peligroso y prefería mantener las distancias—. Cuánto tiempo.

Sentí su mirada recorriéndome, tal vez tratando de averiguar por mi aspecto si los rumores eran ciertos. Mi fachada permaneció inmutable, e incluso estiré los labios en una sonrisa que no debió parecer demasiado amable, a juzgar por cómo se removió en su sitio.

—Sí, mucho tiempo —respondí, antes de volver a mi libro, cortando toda posible conversación.

Fui viendo cómo desaparecían todos uno a uno, sabiendo que ninguno tenía nada que hacer, salvo tal vez Lorito.

Su currículum no era tan impresionante como el mío, pero ¿quién sabe qué impresiona a una ignorante autora de romántica? Solo había que ver esa casa para ver que era tan caótica en todo como en sus obras. Si no fuera por ese pequeño rasgo a su favor que la diferenciaba de las demás y que había descubierto en su expediente, jamás hubiera respondido a ese anuncio.

Cuando al fin fue mi turno, me cogió justo al final de un capítulo, algo imperdonable, así que la hice esperar hasta que terminé. Ella se enfadó, obviamente, pero un autor debería entender algo así.

La entrevista fue absurda, como todo en aquella situación.

Por lo pronto, ni siquiera se interesó por mis anteriores empleos, sino que se limitó a preguntar si era una persona con ganas de trabajar, con entusiasmo, con paciencia, si tenía prejuicios literarios.

—¿Prejuicios? —le respondí—. ¿Cree que su obra es mejor o peor que otras en cuanto a estilo, trama, argumento, personajes? Para mí todos los géneros son iguales. Yo no analizo géneros literarios, señorita Grey, yo soy secretario, y me da igual lo que usted escriba y cómo lo haga.

Supongo que alguna vez se había topado con gente que consideraba que la literatura romántica era un género menor, así que entendí en parte sus preguntas, pero tenía que calmar sus recelos y mostrarme profesional. Además, no mentí. Para mí la novela romántica no es peor que otras. Ni tampoco mejor.

Su aspecto me desconcertó por unos instantes, porque era contradictorio con lo que pedía de los demás. ¿Esa mujer exigía seriedad a alguien? ¿Con ese pelo rojo y mal peinado, esos labios rojos, ese aspecto añinado a pesar de que ya pasaba de los 30 años? Era evidente que la seriedad brillaba por su ausencia en aquella casa y en ella en particular.

Y, sin embargo, quería ese trabajo. Así que me arriesgué. Jugué con su curiosidad, y tal vez me pasé y la asusté al decirle que la había investigado, pero supe que había funcionado cuando ella entrecerró los ojos y me dijo que ya me llamaría.

Ya sé que es lo que se suele decir en estas circunstancias, pero con un currículum como el mío, siempre me llaman, es un hecho. Soy el secretario perfecto, y hasta alguien como ella tenía que darse cuenta de ello.

2: ALAIN, EL MANIPULADOR DE MENTES

NOTÉ que me estaba mirando y me removí incómoda en la silla. No es que le tuviera miedo, ni mucho menos, pero esa mirada fija, esos ojos oscuros entrecerrados, esa cabeza un poco inclinada hacia la izquierda... Bueno, es inquietante. Y solo son una parte de las cosas en Alain Panphile que me inquietaban.

Le escuché levantarse de su silla y le vi colocarse frente a mi mesa, envarado como una percha. Me pregunté si alguna vez se relajaba. Lo dudaba.

—¿Para qué me contrató?

La pregunta me pilló por sorpresa. Llevaba ya dos semanas trabajando allí y venía ahora con esas.

Abrí la boca para responder, pero levantó una mano para acallarme.

—Cuando llegué aquí, usted escribía sin parar, a su particular, absurdo y caótico estilo, pero hace días que no toca un bolígrafo ni se pone delante del ordenador, como no sea para consultar su correo electrónico, comprar té o alguna chuchería semejante. ¿Vamos, responda, cuánto tiempo hace que no se pone a trabajar en condiciones? Se ha convertido en una persona desorganizada, que trabaja a ratos robados, cuando le dan ganas y a la buena de Dios —pronunció la palabra Dios con un tono sibilante y una leve sonrisa que casi me asustó—. En definitiva, ¿dónde está su tan cacareada disciplina, señorita Grey?

Al escuchar el modo en que pronunció mi nombre, con esa sonrisa que no dejaba de ser de absoluta suficiencia, sentí deseos de tirarle lo primero que tenía a mano, pero era mi taza preferida, así que me contuve.

Maldito sea, tenía razón, pero no pensaba decírselo. Desde que él había llegado mi ritmo de trabajo había sufrido un revés. No es que hubiera perdido la inspiración, sino que necesitaba volver a encontrar mi equilibrio, ahora que tenía que acostumbrarme a hacer las cosas de otra manera, y eso cuesta a veces. Yo, que siempre fardaba de mi disciplina y de mi capacidad de trabajo diario, de cómo me gustaba que las cosas salieran a tiempo y como a mí me daba la gana, me había acomodado a que me hicieran parte del trabajo, con lo que eso conllevaba. Y lo que más me molestó de todo fue que él se hubiera dado cuenta.

Me recosté en mi silla, entrecerré los ojos y apreté los labios, sabiendo que parecía la bruja piruja. Es triste, pero me di cuenta de que ese mismo gesto en él era mucho más atractivo.

—Eres muy observador, Alain. Y ahora, lárgate de aquí que parece que siento ganas de trabajar. Será capullo estirado —murmuré entre dientes, tratando de contener la voz y parecer simpática a pesar del exabrupto.

Supe que creyó haber ganado por el brillo de su mirada. Bien, que creyera lo que quisiera.

Se fue tras agachar la cabeza a modo de saludo, serio otra vez, como siempre.

Por desgracia, no pude evitar pensar que no dejaba de tener razón, porque yo siempre había puesto la disciplina y el trabajo por encima de todo y era ridículo que su llegada acabara con todo eso. Así que en cuanto salió me puse a recuperar el tiempo perdido como una condenada.

Mientras ordenaba el trabajo y acumulaba la calma necesaria para empezar, tuve un preocupante chispazo de alarma. Alain provocaba un extraño efecto en mí que no

era capaz de identificar. Lo que estaba claro era que no me gustaba.

Caótica, desordenada, indisciplinada, podía ver cómo su rostro cambiaba ante cada palabra, poniéndose más y más pálido. Tal vez debería habérselo dicho de otra forma, pero el tacto nunca ha sido lo mío. Además, yo tenía razón.

Una autora que tanto presumía de su buen hacer, del número de palabras que escribía al día, por pésima que fuera su calidad, no podía de pronto convertirse en lo que ella era ahora: una vaga.

Primero había dejado de levantarse todos los días a la misma hora, postergando cada día más la hora de empezar a trabajar. Luego venía el desayuno, cada día más largo, acompañado de lectura, la televisión, o cualquier cosa que la distrajera del trabajo.

Cuando al fin se ponía manos a la obra, muchas veces era casi la hora de la comida. Había días en los que yo casi no tenía nada que hacer, aparte de mirarla con aire ceñudo, para ver si así se sentía culpable por su poco espíritu laborioso.

Lo que no iba a hacer, desde luego, era su trabajo. Lo había hecho con otras y había llegado a un acuerdo conmigo mismo para no volver a hacerlo: secretario sí, negro no.

Sin embargo, no parecía darse por aludida, por mucho que yo la mirase. Poseía la capacidad de hacer que me sintiera invisible.

Podría haber pasado del asunto, y supongo que incluso hubiera sido más feliz haciéndolo, pero había hecho un juramento y eso es algo contra lo que no se puede luchar. Ella me pagaba, así que tenía que conseguir que trabajase. ¿Acaso no me había contratado para que le organizara el trabajo? Para eso tenía que haber un trabajo que organizar. Y, por su bien, lo iba a hacer.

Podía llamarme capullo estirado si quería, pero nadie había dicho que tuviera que caerle bien. De hecho, prefería

mantener las distancias en todo lo posible, siempre y cuando cada uno cumpliera sus quehaceres.

Ella era mi jefa. Su trabajo era escribir. Yo era su secretario. Mi trabajo era arreglar en lo posible lo que ella hiciera.

Y punto.

3: ARWEN ES DE TÉ, ALAIN ES DE CAFÉ

ALAIN llevaba un mes trabajando para mí. Llegaba todos los días a su hora, se iba todos los días a su hora, pero tampoco protestaba si tenía que quedarse más tiempo. Era el trabajador perfecto. Jamás protestaba, al menos no como lo haría un trabajador al uso, montando un pollo, esgrimiendo al sindicato y la carta de los derechos humanos. Ni siquiera se le notaba que se sintiera molesto cuando le ordenaba cosas que no le gustaban.

Casi nunca.

En esas pocas ocasiones le veía envararse hasta alcanzar una postura digna de un espadachín a punto de iniciar un duelo, achicar los ojos, solo un poco, fruncir los labios apenas perceptiblemente. Otros no lo notarían. Yo no lo hubiera notado hacía un mes, pero ahora sí. Era casi lo único que sabía de él. Alain tenía una pizca de espíritu rebelde en su estirado interior.

Ni siquiera sabía qué le gustaba leer, aunque siempre llevaba algún libro bajo el brazo, grande, polvoriento y con olor a hongos, a ser posible.

Otra cosa que sabía era que no le gustaba lo que yo escribía.

No lo decía, claro, pero le veía hacer todos esos gestos que he dicho. No me molestaba, no le pagaba para que le gustase, sino para que me ayudase en las correcciones y en la planificación de las historias, algo que se le da bien. Además, no me gusta que me hagan la pelota, nunca me ha

gustado. Si me hubiera dicho que le encantaba, hubiera desconfiado al instante. Casi prefería que no le gustase, porque así sabía que era imparcial al sugerir cambios y correcciones. Y era bueno en su trabajo, ya lo he dicho, quizás gracias a todo ello.

—¿Te importa prepararme unté? —le dije una tarde especialmente fría—. Puedes tomarte uno si quieres.

Ahí estaba otra vez: envaramiento, achicamiento de ojos, fruncimiento de labios.

—No me gusta el té, prefiero el café.

Giré la cabeza, sin poder creerme sus palabras. ¿De verdad había dicho algo personal? Porque prefería pasar por alto su tono insolente y hasta despreciativo y quedarme con lo importante.

—Prepárate un café entonces —dije, incapaz de ocultar una sonrisa irónica.

—No, gracias.

Su respuesta, cortante como mi cuchillo de porcelana favorito, no significaba un no al café, sino un no a tomárselo conmigo. Eso me pasaba por ser amable.

—Tráeme un té de todas formas.

Dejó lo que tenía entre manos y me miró en silencio durante un par de segundos. Otro hubiera dicho que no le pagaba para eso, pero Alain no lo hizo. Se levantó y me preparó un té, y le salió delicioso, cómo no. Me lo sirvió como me gusta, con mucho limón y dos cucharadas y media de azúcar. Lo sabía sin que yo se lo hubiera dicho, como tantas otras cosas.

Curiosamente, cuando me lo trajo, humeante y aromático, soltándolo con delicadeza sobre la mesa como si se tratara de una ofrenda a los dioses, ya no me apetecía.

Le hice su té.

Seguro que pensaba que los secretarios no hacíamos esas cosas, pero he hecho cosas peores y nunca se me han caído los anillos. Así a botepronto, recuerdo haber dado masajes, haber escrito o reescrito desde pasajes, escenas, a